

# PERIODISMO Y TECNOLOGÍA: UN MATRIMONIO CON SEPARACIÓN DE BIENES

CARLOS G. REIGOSA

Carlos  
G. Reigosa  
es periodista  
y escritor.

**A veces, hay que revisar la autocrítica con profundidad y energía, y creo que esto es lo que debemos hacer los periodistas cuanto antes. Porque la pasión acreditada por considerarnos culpables -o, al menos, corresponsables- de la mala situación profesional no contribuirá a mejorar nuestra autoestima ni nos llevará a conclusiones redentoras o, cuando menos, saludables. Ha llegado la hora de desmontar algunas afirmaciones tenidas por ciertas y buscar argumentos más ajustados a la realidad, sin tanta autoflagelación innecesaria y mistificadora.**

La primera aseveración que se debe poner en duda es la que hace referencia a la crisis del periodismo, no para negar su (incuestionable) existencia, sino para establecer con rigor su origen y sus responsables. Porque esta crisis no es culpa de los periodistas, ni tampoco del público lector, sino de una apresurada y no siempre bien digerida evolución tecnológica, que ha permitido el surgimiento de internet y de todo un nuevo mundo digital. Si necesitásemos “culpables”, tal vez tendríamos que buscarlos entre los informáticos, los ingenieros de telecomunicaciones u otros expertos técnicos. Pero esto carecería de sentido por retrógrado y absurdo. Es sabido que los grandes inventos no se pueden desinventar ni aun cuando tuviésemos tal cosa por muy deseable.

En cambio, sí que somos responsables –desde la perspectiva de los contenidos informativos– de no ofrecer las respuestas adecuadas a esa fulgurante y extensa evolución/revolución. Porque nuestra misión –la de los periodistas– sigue siendo la de informar en cualquier ámbito y circunstancia, sea cual sea la proporción de la mudanza en el entorno. Y no lo estamos haciendo –o no lo estamos haciendo bien–, a juzgar por lo mucho que nos quejamos y el reiterado *mea culpa* que entonamos. Es como si, de repente, hubiésemos perdido el norte o alguien nos hubiese arrebatado el horizonte de un golpe. Y el resultado es que vagamos por el *ring* mediático como boxeadores sonados, al borde del *knock-out*.

¿Dónde está nuestro error? Primero, en que, en vez de analizar y afrontar el problema, nos dedicamos a mirarnos en el espejo de Dorian Gray, en el que todavía nos vemos tan hermosos. Un ejercicio deplorable y contraproducente que solo conduce al desconcierto y a la melancolía. Porque nuestro deber no es argumentar sutiles excusas que nada justifican, sino batirse el cobre en una batalla que sabemos ganada de antemano, aunque el plazo sea ciertamente cuestionable. No son de recibo, por consiguiente, algunas de las afirmaciones más repetidas.

---

### **EL DESÁNIMO (¿JUSTIFICADO?) DEL PRINCIPIANTE PROVIENE DEL DESÁNIMO INJUSTIFICADO DE SUS MAYORES**

Probemos a verlo con algunos ejemplos. Se dice que las prejubilaciones de veteranos periodistas, sustituidos por jóvenes con poca experiencia, son una de las claves del deterioro del periodismo, porque se desarticula la enriquecedora relación maestro-aprendiz. Algo hay de cierto en ello, pero no tanto como para justificar la crisis del periodismo actual. Por otra parte, conozco a muchos brillantes periodistas de largo recorrido y discrepo de ellos en su más o menos generalizado desdén por lo que hoy sucede y se hace en nombre de su oficio. ¿Debería encomendársele a ellos cambiarlo? Creo que no. Su vigoroso y bien argumentado escepticismo sobre la situación actual no me parece la mejor disposición para afrontar la revolución-

respuesta que se necesita. Son maestros del periodismo, sin duda, y no se debe prescindir de sus enseñanzas, pero tampoco cabe esperar de ellos –salvo excepciones– que sean la vanguardia innovadora de un cambio que no acaban de asimilar. Así que pongamos las cosas en su sitio. La crisis del periodismo no tiene nada que ver con ellos, pero sí que es necesario reivindicar su incuestionable legado profesional. El prestigioso editorialista francés Jean Bothorel sentenció a comienzos de los 90 que el periodismo había muerto. Se equivocó. Solo había muerto su capacidad personal –la suya propia– de adaptarse a lo nuevo. Dentro de unos años, todo esto se verá mucho más claro.

---

## **EL PERIODISMO SE REINVENTARÁ EN ESTE TIEMPO DE TRANSICIÓN, SIN DUDA, Y SE REIVINDICARÁ CON UNA MISIÓN SOCIAL IMPRESCINDIBLE**

Tampoco los jóvenes periodistas están tan mal preparados como se afirma con extremada ligereza. Es verdad que las Facultades de Periodismo no ofrecen la enseñanza más adecuada (y esto es muy lamentable), pero sus titulados tienen unos conocimientos generales muy superiores a los que reunían muchos de sus maestros cuando empezaron en la profesión. Tal vez, por ello, da más pena comprobar que, a veces, el desánimo (¿justificado?) del principiante proviene del desánimo injustificado de sus mayores. Las frases de moda respecto del periodismo actual son gratuita e innecesariamente peyorativas, y no tienen en cuenta los elementos del cambio acelerado que justifica en parte el desconcierto de todos. Atrapados unos y otros entre gurús ciegos que vislumbran paraísos que no aciertan a describir y maestros escépticos que lucen de enterradores, la crisis parece adoptar la forma de una parálisis. O de una pesadilla. Todos comparecen deseosos de “comprar” un nuevo camino, pero pocos se atreven a dar los primeros pasos por él. Porque el riesgo es real y la nueva senda se hará al andar. Con posibilidad de cometer equivocaciones, cierto, que se pueden pagar caras. Nuestro segundo error estaría en justificar la baja autoexigencia profesional en “justa” correspondencia con los bajos salarios, cada vez más pre-

carizados, del sector periodístico. Sería una relación fatal que –hay que decirlo claro– no está en el origen de nuestra profesión. Si miramos hacia atrás, sin perdernos en los venerables años de la Transición democrática, veremos que el periodismo nunca fue un oficio generalizadamente bien pagado. Los mismos veteranos que hoy capitanean el escepticismo profesional debieran confesar que, en su mayor parte, no llegaron al periodismo por su atractivo económico, sino por una profunda e indeclinable vocación personal. No fue el salario, entonces tan escaso como ahora, el que determinó su decisión. Por el contrario, eligieron el periodismo a pesar de los malos sueldos. ¿Por qué no lo dicen ahora? ¿Por qué no lo decimos? ¿O acaso siempre fuimos unos profesionales privilegiados por la nómina? Hay que confesarlo con rotundidad: no, no existió nunca ese El Dorado. Porque el periodismo nunca nos hizo ricos, pero sí felices. Y es esta felicidad la que ahora se echa tanto en falta.

El tercer error sería no darse cuenta de que estamos en una fase de transición y que, en tanto no amanezca con claridad la nueva época, reinará la incertidumbre. También la salarial. Pero esto no debiera justificar ninguna flojera en los principios esenciales del oficio. Porque, al final del túnel, el periodismo seguirá existiendo y será juzgado –también en el mercado– por su calidad. No es necesario reclutar gurús para saber que hemos perdido la exclusiva de la intermediación informativa. Es algo que no tiene remedio y que, en mi opinión, no será esencialmente malo, porque contribuirá a desmonopolizar empresarialmente el sector. Pero el periodismo se reinventará en este tiempo de transición, sin duda, y se reivindicará con una misión social imprescindible. Entonces, veremos que su función social de antaño sigue indemne hogaño. El sentido de desafección y de abandono que ahora nos consentimos debería estar, por consiguiente, fuera de lugar. Hemos perdido un modelo vitalmente enternecedor y algo bohemio, para dirigirnos tal vez hacia otro de perfil más profesional y quizá menos romántico. Ocurrió lo mismo con muchas otras profesiones desde que el mundo es mundo. Avanzamos en medio de las turbulencias de una transición incierta y profunda, pero el horizonte figura más abierto y universal que nunca. Porque es el planeta entero el que está cambiando al mismo tiempo.

Otro error, el cuarto en esta breve relación, es culpar de todo a internet, vista como un extraño Moloch que detestamos y, a la vez, veneramos. Directores de medios de comunicación, que deberían hablar permanentemente de periodismo –de noticias, de entrevistas, de contenidos editoriales–, no parecen tener voz más que para teorizar (pobremente, en general) sobre la red de redes y la manera de rentabilizar su presencia en ellas. Su concepción de una internet inmutable (y, para ellos, económicamente ruinoso) se ve claramente desmentida por la evolución previsible de la red, que, como bien ha explicado Juan Varela en esta revista, tal vez será cada vez menos libre y menos abierta, pero se volverá más rentable para las plataformas de comunicación que en ella actúen. Porque no estamos ante un modelo cibernético súbitamente esclerotizado o inamovible, sino ante un espacio digital en permanente reconstrucción y en el que cada uno reivindicará –y muchos obtendrán– su rentabilidad. Los directores de los medios debieran estar más ocupados de los contenidos, de la organización de las redacciones y de la formación de sus cuadros profesionales. Parece un milagro cuando alguno de ellos se digna hablar del periodismo como una versión informada –y bien formada– de la realidad. Deberían saber –y creo que lo saben– que la ecuación fatal sería destrozarse la calidad del producto y culpar a internet por la falta de rentabilidad de la información.

Está claro que el buen camino no pasa por abandonar los criterios periodísticos para arrojarse a los pies de las novedades tecnológicas. Por el contrario, son los criterios tecnológicos y comerciales los que, más pronto que tarde, han de ponerse al servicio de la realidad informativa..., aunque esto suceda en pleno ocaso de la ciudadanía política tradicional, en un mundo sin brechas digitales y con todos nosotros en fase de adaptación al nuevo ecosistema. Que no se preocupen los augures de la vanguardia tecnológica: nos encontrarán pensando en redes y satélites, y no anclados en postes y cables. Entre tanto, no vaya a ser que, domesticados por la fascinación ante lo supuestamente desconocido, acabemos por saberlo todo de internet y nada de periodismo. Sería la peor inversión. Y una indigna respuesta profesional. ☒